

años se había evadido de las cuatro paredes entre las cuales le faltaba el aire, para correr por el mundo con la cabeza llena de ilusiones y quimeras.

Era de aquellos á quienes les persigue una sombra negra y que no llegan á ser nada, no por falta de talento y condiciones, sino por desgracia.

Después de cuatro ó cinco años de aventuras, volvía á su país como el día en que le había abandonado, descorazonado, conociendo á fondo la corrupción, en la que había vivido y que bulle alrededor de los nobles de aquel bosque de Bondy, que se llama el boulevard.

De repente se animó.

—¿Quieres que te sea franco?—le dijo—He sentido mucho mi calaverada, el camino que he abandonado y la existencia que tenía al final... Pero hablemos de ti... ¿Qué vas á hacer?

Jaime Fugeret hizo un gesto de incertidumbre.

—No lo sé... Aquí no hay sitio para nosotros.

—Tienes razón... Con un oficio se vive muy difícilmente... El hacha, la azuela ó el cepillo sostienen con dificultad á un hombre; con la pluma no se gana grán cosa tampoco... En una palabra, tú irás á París.

—Lo mismo me da París que otro cualquier sitio.

—¿Es que á ti indudablemente te gusta París?

—No lo conozco.

—Mejor para ti... Yo, que empiezo ahora á conocerlo, le odio. Figúrate un campo de batalla sobre el cual raramente muere uno, pero

donde los débiles son pisoteados y aplastados por los fuertes. Figúrate una infinidad de personas que apenas se conocen y que se lo disputan todo, dinero, honores, alegrías; una ciudad en la cual la más increíble opulencia brilla al lado de la más espantosa de las miserias. Figúrate un conjunto de todas las bellezas y de todas las fealdades, de todas las maravillas de las artes, de los monumentos más perfectos, de las habitaciones más suntuosas, de los garitos más repugnantes, de las pobreza más lamentables y de los más penosos dolores; en una palabra, en fin, de todas las glorias, de todas las riquezas, de todas las miserias...

Piriac concluyó:

—Y por desgracia, querido mío, tenemos más probabilidades de ir á parar entre los derrotados que entre los victoriosos, entre los miserables que entre los favorecidos por la ciega fortuna. Te aseguro que si no retrocedes, tu pecho debe estar protegido con una triple coraza.

Jaime le escuchaba distraidamente.

—¿Cuándo te marchas?—le preguntó.

—Lo antes posible... Y te aseguro que es muy triste. Después que te hayas envenenado seis semanas con el aire de allí, creo que serás de mi opinión.

—¿Y después?—preguntó de nuevo Fugeret.

—Después... ya veré. Volveré á empezar mis correrías en busca de una posición social... Sin la herencia de mi tía Ursula, me hubiera visto obligado á volver á París en las suelas de mis zapatos... Pero me voy á permitir el lujo de ir en tren... Es una satisfacción.

—¿Y después?—insistió de nuevo Jaime Furgeret.

—Después, si no encuentro nada, tanto peor para mi humilde persona. El Sena es Nuestra Señora del Buen Socorro, que socorre á todos cuantos en él se precipitan; así como así, siempre está dispuesto á amparar á todo el mundo.

Piriac volvió en seguida á su aparente filosofía.

—¿De modo — dijo — que estás muy decidido?

—Sí.

—¿Primero al servicio?

—Es posible que me quede en el ejército.

—¿Tú? ¡Vamos!

—¿Y por qué no?

—Los principios son malos... Ya lo verás.

—Puesto que hay que hacerlo...

—¿Y mientras tanto?

—Tengo que hacer aquí.

—¿Mucho tiempo?

—Algunos días, quizá algunos meses.

—¡Demonio! ¿Es grave el asunto que te retiene aquí?

—Bastante.

—¿Tu madre?

—Sí, primero ella... No quiero abandonarla en el estado en que se encuentra; pero temo perderla antes de lo que quisiera.

—Mientras hay vida hay esperanza.

Jaime Furgeret movió la cabeza y suspiró.

Piriac volvió á preguntar:

—¿Tienes otras razones que te obliguen á permanecer en el país?

—Sí.

—¿Cuáles?

—Ese es mi secreto.

Piriac se sonrió.

—Ya veo lo que es —dijo.—Una pasión.

—Es muy posible.

—¿Es soltera ó casada?

—Soltera y joven.

—Por Brigida, ¿verdad? Es una bonita y excelente persona.

—No se trata de ella.

—¡Me extraña!

—¿Por qué?

—Al observar la manera con que te mira, hubiera creído...

—Pues te habrias equivocado.

—¿Qué va á ser de ella cuando esta casa se quede vacía?

—Poco me importa; no es de mis ideas y se contenta con poco... No la faltará que comer; en el castillo la quieren mucho.

—¡Ah!

—Entrará allí como doncella. No está allí ya porque no ha querido abandonar á mi madre; me avergüenzo al declararlo, Brigida ha sido la que ha sostenido á mi madre con lo poco que ganaba.

Los jóvenes, paseándose, habian vuelto delante de la casita de la viuda.

Las parras habían ya tomado ese color rojizo que les da tanto encanto á principios del otoño.

El techo estaba casi cubierto.

Piriac miraba á aquella casa tan pobre con cierta envidia.

—Muchas veces vamos á buscar la felicidad lejos, muy lejos, estando á dos pasos de nosotros. Una cabaña, un pedazo de tierra, pan y

una muchacha como esa Brígida es un lote de rey. Yo había creído que tú habías pensado en ella...

—No.

—¿De modo que tu pasión?...

—Es más elevada.

—¿En el país?

—Sí.

—No encuentro...—dijo Piriac.

—No hagas esfuerzos, sería inútil.

—¿Tienes probabilidades de éxito?

—Ninguna.

—¿Y para qué obstinarte?...

—No puede uno ser dueño de sus sentimientos. Desde el día en que he conocido á la mujer de que te hablo, desde el día en que la he visto llegar á ser lo que es hoy, hermosa hasta el punto de enloquecer la cabeza y el corazón...

Piriac interrumpió á su amigo.

—Ya sé quién es.

—¿Quién?

—Sin gran dificultad. ¿La has visto desde niño, según dices?

—Sí.

—¿En el país?

—En efecto.

—¿Ha vivido y crecido aquí?

—Sin duda.

—Te la puedo nombrar: es la señorita de Arvil.

Jaime Fugeret se puso encarnado.

—Tengo buena memoria—dijo Piriac.—Es una de mis mejores facultades. ¿Has olvidado acaso nuestras conversaciones de otro tiempo durante nuestros paseos del jueves ó en los pa-

tios del Seminario de Rennes? No tenías en la boca más que su nombre. ¡Magdalena! ¡Se llama Magdalena!

—¡Más bajo!

—¿Qué temes? Nadie nos escucha. Ese nombre lo escribías en todas las hojas de los libros y de los cuadernos, en los troncos de los árboles. Era tu pesadilla, tu sueño dorado. Una insensatez... Por desgracia esta pasión no te conducirá á nada bueno. ¿Qué es lo que esperas?

—Nada.

Piriac envolvió á su amigo en una mirada sospechosa.

—Y, sin embargo, por ella solo vas á continuar en la aldea.

—En efecto, durante algún tiempo.

—¿A causa?

—De un accidente que le ha ocurrido á la señorita de Arvil.

—¿Cuándo?

—Hace apenas una hora.

—¿Grave?

—De temer es.

—¿Qué ha sido?

—Al volver de los Esarts, el caballo se ha desbocado.

—¡Ah!

—¡La ha tirado! ¡Una caída terrible!...

—¿Se habrá herido?

—En la cabeza gravemente.

—¿Estabas allí?

—Llegué el primero. Estaba tendida en una zanja... medio muerta.

—¿Entonces?... ¿Tú la socorriste?

—Estaba solo... ¿Qué podía hacer?... Traté

de volverla á la vida... de hacerla recobrar el sentido... No pude...

—¿No había nadie en las cercanías?

—Nadie.

—¿Habéis estado mucho tiempo... solos?

—Un cuarto de hora ó veinte minutos. ¡Ah! ¡amigo mío, qué hermosa estaba así! Quedé asombrado... No he tenido en mi vida un momento de embriaguez como aquel... Lo que duró no lo sé... Llegaron pronto, muy pronto. El caballo, cuando llegó al castillo, asustó á todo el mundo... No era difícil hallar á la herida... Había venido á los Esarts, todos lo sabían, con el objeto de traer algunos medicamentos á mi madre... Cuando la condesa llegó con dos criados, Morán, tan bruto, que ya conoces, y otro, yo me escapé y me escondí en el bosque. La madre se llevó á su hija medio muerta. Yo después volví al lugar del siniestro y he recogido esto.

Sacó de su bolsillo el brazalete roto.

—Este será mi talismán contra la desgracia; no me separaré jamás de él.

Piriac escuchaba á su amigo con atención.

Comprendía que no le decía toda la verdad.

Era instintivo en él.

Una sospecha atravesó por su mente; pero le pareció tan monstruosa que la rechazó, y se contentó con decirle:

—Estás loco, en verdad, si cuentas con esa alhaja para que te dé la suerte; te compadezco.

La conversación terminó en este punto.

Brígida apareció en la puerta y llamó á su primo.

Jaime se dirigió corriendo á la alcoba de su madre.

Se aproximaba el fin. Era imposible conservar la menor esperanza.

La viuda del fabricante de zuecos se acababa en aquel lecho construido toscamente por su marido con madera de encina.

El jergón era de jerga, relleno de paja de cebada, cubierto todo él con una colcha muy remendada y de un color amarillento.

No había en las paredes ni el menor adorno; solo resaltaba en ellas la blancura de la cal con que estaban blanqueadas. Únicamente una cruz de encina, fabricada también por el padre de Jaime, se destacaba á la cabecera de aquel lecho de dolor y de miseria.

El mobiliario se componía solamente de algunas sillas, hechas de encina y juncos, y de una mesa, bastante vieja por cierto.

En el fuego había una olla que cocía á borbotones.

El suelo era solamente de tierra, y el techo de vigas y tablas mal unidas.

Aquella vivienda era de las más pobres, pero no ofrecía el mal aspecto tan repugnante á veces de las buhardillas parisienses.

Un rayo de sol aun templado penetraba en la habitación, y por la puerta y las ventanas se veían las clemátidas y las madreselvas, que colgaban por las paredes exteriores; en el jardín se veían algunas flusias y rosas, y todo aquello daba á la casa, á pesar de la pobreza, una gracia que faltaba muchas veces en la morada de los poderosos.

Además todo estaba limpio y reluciente.

Se veía que en medio de aquella desnudez había una mano esperta y trabajadora, y no cabía duda que era de Brígida.

—Ven—dijo á su primo.—Pregunta por tí.
Y añadió muy bajito.

—He avisado al presbiterio hace ya un buen rato. El señor cura no puede tardar en venir.

El rostro de la moribunda estaba muy tranquilo, parecía que no debía tener ni el menor sufrimiento.

Se veía en ella la alegría resignada del viajero que llega al término de su viaje.

Era para la pobre y desgraciada viuda el reposo precursor del sueño eterno, del que no se vuelve á despertar jamás.

Pero conservaba todo el conocimiento.

Con sus escuálidas manos hizo una seña á su hijo para que se aproximara.

Cuando Jaime se halló á su lado le preguntó:

—¿Quién estaba contigo hace un rato?

Y esperó la respuesta con ansiedad.

Y al ver que su hijo titubeaba.

—¿Jesús Piriac? ¿No es eso?

El joven se inclinó.

—Un desgraciado que es la causa de la desesperación de su padre... Supongo que tú no seguirás su ejemplo.

Jaime no desplegó los labios.

—Acércate más, hijo mío—dijo,—acércate más... ¡Mi voz es tan débil!... Poco me queda de vida... ¡Voy á reunirme con tu padre, que fué tan bueno, tan honrado, tan trabajador!... Cuando entrastes en el Seminario de Rennes, tú no te puedes imaginar lo contento que estaba. Debes estar muy agradecido y debes querer con delirio á los seres que nos han favorecido, que nos han hecho tantísimo bien.

Cualquiera que sea la posición que llegues á tener, no olvides jamás lo mucho que les debes... ¿Me lo prometes?...

—¡Madre mía!...

Ella añadió más bajo:

—¡Y ruega por ellos, por tu padre y por mí!...

Estas fueron sus últimas palabras.

Brígida, arrodillada á los pies de la cama de la mujer que la había servido de madre, recogía sus palabras con avidez.

Jaime permaneció mudo.

Maquinalmente se dejó caer de rodillas al lado de Brígida, pero estaba preocupado únicamente por un pensamiento.

—¡Si ella supiese!—se decía, mirando al rostro de la moribunda.

Ahora su crimen le parecía más odioso, y sin embargo, se repetía con obstinación:

—¡Es mía!... ¡Nadie puede borrar el pasado! ¡Es un lazo que nadie puede romper!

De repente el ruido lejano de una campana, tocada vigorosamente, anunció la llegada del señor cura, que no podía tardar.

Los poquisimos habitantes de los Ersarts llegaron. No quedaban en la aldea más que algunas mujeres y un anciano que por sus muchos años no podía trabajar en el bosque, y se ocupaba en guardar algunos carneros en la linde del bosque y de los campos y en los caminos tapizados de verdura.

¡Es una ceremonia tan conmovedora! Aquel anciano sacerdote administrando el santo sacramento de la Eucaristía á un moribundo que se prepara para su viaje eterno.

—Que se tenga ó no se tenga fé, no se pue-

de por menos de sentir una emoción sin nombre.

La anciana recibió el viático con la alegría de los creyentes y de los pobres que se consuelan de sus miserias, con la esperanza de una recompensa en la otra vida.

Se hubiera creído que la viuda había esperado á recibir el sacramento y la bendición del sacerdote para expirar.

Jaime sintió una ligera presión de la mano que entre las suyas conservaba.

Los labios de la moribunda, se agitaron en un esfuerzo inútil y su alma voló hacia mansiones desconocidas y eternas.

El anciano pastor, envuelto en su capota remendadísima había entrado como todos los demás en la habitación. Colocó la mano en el hombro del joven y le dijo:

—Tus padres han sido personas muy dignas y honradas. ¡Trata de imitarles!

Y con temblorosa mano señalaba el cuerpo de la difunta al mismo tiempo que decía:

—Y morirás tan tranquilo como ha muerto tu madre.

El sacerdote, á su vez, se dirigió hacia él, le llevó á un rincón de la habitación, y le dijo tristemente:

—¿Y qué, Jaime?

—¿Qué queréis decir?

—¿No te hace todo esto pensar?

—¡Ya hace tiempo que no hago otra cosa!

—¿Conocías los deseos de tu madre?

—Sí.

—¿Te lo habrá repetido, quizás?

—Es cierto.

—¿Y tú la has contestado?

—Nada... porque hubiese mentido.

—¡Que Dios te proteja contra ti mismo!—
dijo el sacerdote.

Jaime se sonrió con amargura. Pensaba:

—¡Ya es tarde!

Jesús Piriac, que conocía la aversión irreflexiva que el sacerdote le tenía, no se atrevía á entrar.

Estaba de pie, con la cabeza descubierta y apoyado en el umbral de la puerta.

El sacerdote le vió por fin, y mirándole con el temor que le hubiese causado un apestado, añadió:

—¡Y contra aquellos cuyos consejos y ejemplo te han hecho separarte del buen camino!

Jaime Fugeret le contestó:

—Jesús Piriac es mi amigo, y es un muchacho excelente, tan pobre y tan desgraciado como yo. No me ha dado nunca ningún mal consejo. Sigo mi camino, y si tengo algún pesar, es el de causaros pena, porque habéis sido muy bueno para mí, ¡y no lo olvidaré jamás!

Y dirigiéndose á su camarada:

—Jesús—le dijo—mi madre ha muerto. Soy libre. Si me quieréis esperar nos marcharemos juntos. Si te marchas antes que yo me uniré á tí, yo te encontraré.

El buen cura levantó los ojos al cielo, dirigió la última mirada á la muerta y salió de la casa, internándose poco después en el bosque, precedido del monaguillo revestido con su sobrepelliz de una blancura dudosa y que á cada momento agitaba frenéticamente la campanilla, cuyo sonido se fué haciendo cada vez más débil para apagarse poco á poco en la profundidad del bosque.